

ala delta

Consuelo JIMÉNEZ
DE CISNEROS

**AÚN QUEDAN PIRATAS
EN LA «COSTA
DE LA MUERTE»**



PREMIO
ALA DELTA

Héctor se teme que este año las vacaciones serán aburridísimas. Tendrá que pasarse el verano atrincherado en casa y rodeado de libros. Sin embargo, poco después de llegar a Galicia, descubrirá todo un mundo de aventuras y piratas en el que, afortunadamente, se verá involucrado.

Consuelo Jiménez de Cisneros reparte su tiempo entre la docencia, la investigación y la creación literaria. De pequeña le gustaba mucho leer novelas de aventuras y quizá por eso ahora las escribe. Con esta obra ha sido ganadora del *V Premio Ata Delta*.

Aún quedan piratas en la «Costa de la Consuelo Jiménez de
Muerte» Cisneros

*Para mis hijos:
Daniel y Joaquín Miguel.*

Índice de contenido

Cubierta

Aún quedan piratas en la «Costa de la Muerte»

Prefacio

I. Desventuras de un mal estudiante

II. La primera noche

III. Xan

IV. Al conjuro de la queimada

V. Mensajes piratas

VI. Nocturno con paisajes

VII. Los tesoros del desván

VIII. Un paseo por la «Costa de la Muerte»

IX. El secreto de un viejo libro

X. Dos eucaliptos y un poco de lluvia

XI. El ciprés solitario

XII. Es peligroso con luna llena

XIII. Los piratas atacan

XIV. *Treasure Island*

Notas

Esta historia quiere ser un homenaje a aquellas obras que, como *La isla del tesoro*, símbolo de todas ellas, no sólo nos permitieron, durante los difíciles y tiernos años de la adolescencia, conocer y soñar aventuras exóticas, sino también añorar un mundo justo.

NOTA PREVIA.

La acción transcurre en la «Costa de la Muerte», franja de la costa coruñesa que se extiende aproximadamente desde Corcubión y Finisterre hasta más allá de Corme. La llaman así por los muchos naufragios que en ella han tenido lugar desde hace siglos, debido a unas condiciones climáticas y geográficas particularmente abruptas y salvajes.

Éste es un relato novelesco, no una guía turística; por tanto, junto a topónimos reales (A Coruña, Finisterre, Teixido...) pueden aparecer otros inventados (Codeiro). Las costumbres, el folclore y el ambiente descritos responden, en líneas generales, a los de la Galicia rural, pero el argumento es totalmente ficticio.

I. Desventuras de un mal estudiante

HÉCTOR miraba aburrido por la ventanilla del tren que lo llevaba a La Coruña. Se le hacía que habían transcurrido siglos desde que sus padres lo despidieran, pocas horas antes, en la estación de Chamartín. «Mamá, como siempre, parecía a punto de llorar, pero no lloraba», pensó Héctor. Y, al evocar a su madre, se revolvió inquieto en el asiento, sintiéndose víctima de un malestar cercano al remordimiento. La verdad es que aquel curso lo había hecho fatal: repetía 2.º de BUP y encima había suspendido las más fáciles. Porque mira que dejarse «cargar» en latín, en inglés y en literatura...

Claro que era de ciencias y no le gustaba leer. Pero en latín, bastaba con haberse empollado un poco las declinaciones y los verbos, cosa que tuvo pereza de hacer hasta el último día, en que quiso memorizarlo todo de golpe y se armó un lío impresionante. El inglés... bueno, la profesora decía que tenía buena pronunciación y que era una lástima que no se tomase el trabajo de leer los textos y resumirlos como ella mandaba. Hasta habría podido sacar nota. Y en literatura... lo de la literatura sí que no tenía perdón. Sencillamente, no se había molestado en realizar las lecturas obligatorias de cada trimestre, por considerar de antemano que debían de ser aburridísimas. Ya había leído los libros del año anterior, a trancas y barrancas, y como hizo los comentarios de cualquier manera, de prisa y corriendo, pues no le sirvieron de nada. Encima, ese curso

cambiaron y pusieron nuevos títulos. Ni siquiera se preocupó de comprarlos.

Ahora iban nuevecitos, en su equipaje, junto con los apuntes de latín, el diccionario de inglés... En fin, que la maleta pesaba como si llevara piedras.

Cierto: lo había hecho mal. Pero aquel castigo era excesivo. No iría, como todos los años, a la playa alicantina de San Juan, donde se lo pasaba pipa y ya tenía pandilla formada desde el verano anterior, con la que hasta se car-teaba y todo –bueno, él la verdad es que no había contes-tado, pero un par de chicas le habían escrito y pensaba quedar bien con ellas de palabra–. En vez de su programa veraniego habitual: playa por la mañana, comida, siesta y marcha por la tarde noche, que eso es lo que son unas vacaciones, lo desterraban a aquel pueblo perdido en el mapa, cuyo nombre ni siquiera figuraba en el diccionario enciclopédico que presidía la librería del salón, tal como le había confirmado, con toda mala uva, la cursi de su her-mana.

Allí tendría que pasar dos meses, entre gente extraña, en un sitio sin «marcha» (¡fijo!), con una playa helada don-de, según había oído, no hay quien se bañe porque, si no llueve, hace un viento o un frío que te quedas pajarito. Así que la llamaban la «Costa de la Muerte»... ¡Y allí, en el cu-lo del mundo, se iba a meter él, Héctor Menéndez, con dieciséis años ya cumplidos! ¿Qué les podría contar a sus «compis» a la vuelta de las vacaciones? Mejor se estaría calladito, porque seguro que no habría nada que contar.

Para tranquilizarse, comenzó a darle a su más reciente videojuego, que había conseguido esconder a última hora en un amplio bolsillo interior de su cazadora. Aunque ha-cía un calor horroroso en Madrid, se empeñó en ponérse-la, y llenó los bolsillos con todos los materiales proscritos que pudieran caberle. Intuía que su madre no se atrevería a registrarlo. A pesar de que pareció sospechar al ver los

abultados bolsillos laterales, no dijo nada. Seguramente también ella se sentía culpable de enviarlo tan lejos...

Él sabía que aquella propuesta había partido de su padre, quien aseguró lo que decía siempre desde hacía un par de años: que, si no aprobaba las tres que le quedaban, lo ponía a trabajar en la obra... Como era contratista, Héctor no dudaba de que sería capaz de hacerlo. Nunca lo había visto tan enfadado. Pero tampoco era justo, qué caray. Durante todo el curso «pasó» de él, no se preocupó de sus notas; era su madre la que siempre iba a hablar con el tutor, y hasta con el jefe de estudios por aquello de la novatada a los de primero, cuando los de su grupo se pasaron un pelín... Y su madre no hacía más que hablar con él, largándole siempre los mismos enojosos y moralizantes discursos, y encubrirlo ante su padre. Hasta que la bomba retardada explotó en junio. Y ahí ya no se pudo librar.

Empezó a sospechar que la cosa se ponía fea cuando su padre tronó:

—El verano pasado te pagué profesores particulares y academias... Esta vez estudiarás solo, por tu cuenta. Y peor para ti si no apruebas.

A la familia con la que iba a vivir —por llamarlo de alguna manera— no la conocía de nada. Eran unos primos segundos de su padre con los que sólo se escribían por Navidad. Había oído comentar que su tío era un hombre bastante mayor, que enviudó y se casó de nuevo; y de ese segundo matrimonio nació su única hija, la prima Carolina.

Según le habían contado sus padres, estuvieron allí de visita siendo pequeños: él, un bebé de meses, y su hermana, con dos años y medio. Así que no podía acordarse para nada del lugar ni de las personas. Pero eso no pareció importarle a su padre, quien se encerró a hablar por teléfono durante largo rato hasta llegar a un acuerdo satisfactorio, tal como, ya más apaciguado, le comunicó:

—El martes irán a buscarte a la estación de La Coruña. Son muy buena gente. Espero que te comportes como es

debido y que aproveches el tiempo. Tienes suerte, porque veranea allí un chico que estudia Filología y podrá echarte una mano. Además está tu prima Carolina, que ha terminado tercero con muy buenas notas y también parece dispuesta a ayudarte.

¡Carolina! Seguro que era otra cursi, como su hermana. Y el tío aquel que estudiaba Filología... un plasta, de fiijo. Siguió dándole a la maquinita compulsivamente. Se sabía aquel juego de memoria, pero le gustaba comprobar lo deprisa que podía hacerlo. Luego, sacó un cigarro del paquete del bolsillo derecho y lo encendió. En realidad no era un fumador empedernido: sólo ocasional, para ocultar su timidez en reuniones, juergas, etc. Estaba seguro de que, cuando supiera lo que tenía que hacer y que decir, no fumaría más. Aunque, de momento, el cigarrillo ayudaba mucho. Era un compañero que lo aliviaba, que le mantenía ocupado y le hacía sentirse importante...



Ya llegaban a la estación de La Coruña. ¡Dios mío! ¿Cómo se llamaba aquel horrible pueblo? Cudiero, o algo así... Todavía le quedaba quién sabe cuánto tiempo de coche con aquellos parientes pueblerinos... Suspirando, Héctor bajó su pesada maleta y recordó la contraseña: su tío Carlos llevaba unos vaqueros y un suéter azul, y lo

acompañaba su prima Carolina, que era rubia y que iba vestida con un traje rojo... Así los reconocería fácilmente.

El viejo Renault subía por una carretera serpenteante, bordeada de pinos y otros árboles cuyos nombres Héctor no conocía. Se vislumbraba el azul del mar a ráfagas. El sol calentaba tibiamente el paisaje, pero su prima, que por cierto, no estaba tan mal, se había echado una chaqueta de punto sobre los hombros, y a él ya no le sobraba la cazadora... Era evidente que en aquel lugar hacía fresco. A pesar de su cortedad, la conversación no languidecía. El tío le informaba del plan de vida: se levantaría temprano, estudiaría un par de horas y luego bajaría a la playa. Comida, descanso y otro par de horas para estudiar. Por la tarde, paseo, cine o fiesta.

–Pero ¿hay fiestas aquí? –preguntó desconfiado Héctor.

–Hombre, claro. En verano siempre hay fiestas, en un pueblo o en otro.

A Héctor le hacía gracia el acento cantarín de sus anfitriones, y la manera en que pronunciaban la *G* como si fuera *J*. La verdad es que no parecían malas personas. Su tío puso la radio del coche y era «tope guay» cómo se enrollaban aquellos gallegos con la música disco... De «fliparse», vamos.

II. La primera noche

ERA de noche cuando llegaron a la casa de sus tíos, que se alzaba a las afueras del pueblo, en un promontorio sobre el mar. Se trataba de una construcción muy antigua: la actual ley de costas no la habría permitido, pues el mojón del MOPU se encontraba en su recinto, como había observado Héctor al dar el primer paseo de inspección acompañado de su prima. La había hecho construir el abuelo de Carolina, que murió, o mejor dicho, lo mataron, cuando la guerra. Éste se ocupaba del comercio de pescado y era uno de los hombres más ricos en aquella tierra tan pobre en la que apenas se podía vivir ni de la agricultura, ni de la ganadería ni de la industria; sólo de la pesca o emigrando.

Todo esto y más cosas contó en la sobremesa de una rica cena la abuela Carolina, que se conservaba todavía lúcida a pesar de sus años. Hablaba de su marido siempre suspirando, como si se lo acabaran de matar. Ella era entonces muy joven, porque se casó de diecisiete años, y sólo tenía al pequeño Carlos. Recordaba aún que, cuando los hombres que fueron a apresar lo empezaron a registrar la casa, el abuelo dijo algo que a todos les pareció absurdo:

—Lléváoslo todo, pero este libro, que es un recuerdo de mi infancia, quiero que lo conserve siempre mi esposa.

Y aquellos hombres habían respetado su deseo. Estupefacta, la abuela Carolina se quedó con un viejo ejemplar, casi desencuadernado, de *La isla del tesoro* entre sus

manos y el niño Carlos agarrado a las sayas, mientras su marido y ella se miraban por última vez... Todavía lo contaba como si hubiera sucedido ayer.

—Y el pobre mío parece que quisiera decirme algo, pero no pudo... La Marfisa, que es vidente, se empeñó después en que podíamos conjurar su espíritu y yo nunca quise... No me ha gustado jugar con esas cosas de los muertos...

Y la vieja se santiguaba apresuradamente. Se dirigía a Héctor siempre en castellano, aunque con sus hijos empleaba el gallego, y lo hablaba tan deprisa y con una entonación tan rara que Héctor no cogía ni una.

—Vamos, abuela, va a cansar a Héctor con esas viejas historias.

—No, no; si me gustan, de verdad.



Y Héctor no mentía. De repente, estaba descubriendo que los viejos tenían cosas interesantes que contar. Era como leer un libro de historia sin que hubiera que esforzarse. La anciana, al encontrar un oyente tan atento, empezó a referirle varias anécdotas de su juventud y de la guerra. Entre estas últimas, a Héctor le hizo mucha gracia la de un